

AÑO XXI.—NÚM. 6062

25 DE AGOSTO DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 25 de Agosto de 1881.

LA LOTERIA.

No crean ustedes que voy á ocuparme de la lotería en España, de ese juego inmoral que tantos perjuicios acarrea, porque, á pesar de su inmoralidad, de que no yo desconozca que sobra razon para criticarla, con eso mi pecado: á mi me gusta y juego con afición hasta el extremo de pasar un mal rato el día que no puedo jugar. Debilidades de los hombres.

Esto probará á ustedes que soy pobre y tonto, sin embargo de que coñezco á muchos ricos ambiciosos que pasan por sabios, y juegan respetables cantidades, con la esperanza de aumentar su fortuna: generalmente son los más favorecidos, porque como juegan mucho, las probabilidades son naturalmente mayores.

Un banquero conozco en Madrid, que en un mismo día fué agraciado con dos importantes premios; el primero de la de noche Buena en España, y el segundo de la de Francfort sur le Maine en Alemania, importante un millón de florines. También conozco otro quidán, que reside en Barcelona, á quien la diosa casualidad ha favorecido grandemente con sus favores, agraciándole con más de 100.000 duros; pero en esta riqueza ha matado todos los sentimientos nobres, honrados y dignos, pues ha desconocido hasta el respecto y el cariño que debe á su padre, y ni siquiera lo saluda, porque es pobre!

Esto no sólo es doloroso, sino repugnante por su asquerosidad. No es, pues, mi objeto ocuparme de la lotería en España, sino de la lotería en Italia, en Roma, que tan admirablemente describe el célebre escritor Edmond About, en uno de los capítulos de su «Roma contemporánea.» Voy á transcribirlo á continuación por su gran interés, y para probar, como dice una frase vulgar que «á todo hay quien gane.»

La lotería, dice About, es el camino más corto de la miseria á la riqueza; los hay más seguros, pero no más directos; Es por lo que la plebe y la clase media romana evita los demás y se entrega á este último con verdadero frenesí.

Me he preguntado algunas veces, qué es lo que yo haría si fuera uno de esos holgazanes que viven todo el día en las calles sin ocuparse de nada. Y me he dicho: jugar á la lotería: es el medio más pronto y más cómodo de hacer fortuna.

La inmensa mayoría de los plebeyos romanos posee el capital del Juicio Errante; cinco sueldos en el bolsillo; se abstienen de comer y los jue-

gan á la lotería. ¿Los criticaremos por eso? Yo no lo haré nunca.

Algunas gentes en extremo meticulosas han declamado contra el pueblo que juega, y sobre todo, contra el gobierno, que no sólo lo permite, sino que es el principal jugador. Se critica que un poder rodeado de todos los poderes del universo especule con los vicios de sus súbditos. Déjame á mi refutar tan rancias ideas.

No es solamente en Roma, sino en Nápoles, Florencia, Venecia y en toda la extensión de este suelo privilegiado, donde los italianos juegan á la lotería. Si no existiese este juego en Roma, los romanos jugarían fuera de su casa; es decir, en el extranjero ó en las dos ó tres naciones donde únicamente especulan los gobiernos en este juego. Además, como en este juego desigual, el banquero gana siempre, la supresión de las loterías pontificias enviaría al extranjero 28 ó 30 millones al año.

La lotería es un gran recurso para el gobierno y un pequeño consuelo para el pueblo. Nosotros, sin embargo, hemos hecho bien en abolirla en París, porque en un estado bien organizado, donde el trabajo es el único que conduce al bienestar y á la fortuna, el gobierno debe hacer entender á los ciudadanos que no pueden ni deben contar más que con el trabajo.

En Roma no se obraría bien suministrándole de repente: este pueblo, hastiado y desmoralizado; sostenido en sus miserias por la perspectiva de lo incierto, vive sobre todo por la imaginación y con la esperanza. Quitarle la lotería, sería quitarle lo poco que le queda.

Hace más de ciento veinte años que Clemente XII, introdujo esta costumbre en sus Estados, y el juego se ha arraigado tan bien en la sangre del pueblo, que no sólo los plebeyos, sino los nobles y hasta los príncipes de la iglesia toman un billete de la lotería, como nosotros tomamos una taza de café. La lotería se califica como un vicio entre nosotros; aquí, por el contrario, ni es notada como una mala costumbre, y la aprobación de los romanos está en razon como nuestro vituperio lo era en otro tiempo.

En Italia no se conoce, como en España y en Alemania, la lotería de muchos números premiados; la que en Roma se juega es la que en España se llamaba la antigua, ó sea la de 90 números, de los cuales se sacan cinco extractos y es susceptible de muchísimas combinaciones de ambos y tornos.

Esto sentado, los romanos se devanan los sesos por adivinar los números que saldrán el sábado, que es el día marcado para las extracciones. Hasta la media noche del jue-

ves se calientan la cabeza con combinaciones cabalísticas, piden á Dios que les inspire, y más de uno promete una novena á la Virgen si sus números son los favorecidos. Aquel que ha soñado, perro ó gato, se apresura á consultar el «Libro de los sueños,» y todas las visiones corresponden á ciertas cifras. La única, la inseparable idea de los romanos de ambos sexos, es la pesquisa de buenos números.

Para ellos todos son presagios. ¡Uno se ha ahogado! Bueno—881... Mi hija tiene calenturas intermitentes—¡Bravo! 18—28 y 48. Un esposo entra en su casa sin ser esperado; oye una voz masculina en el cuarto de su mujer... Dios sea loado! El 90!

El hijo de un carbonero se cayó de un segundo piso y se rompió la cabeza. El padre, ántes de llamar al médico, compuso un terno con la edad del hijo, la hora del accidente y el número de la casa.

En Venecia, un soldado austriaco se tira de lo alto de un campanario, y la gente se lanza sobre él, no para auxiliarle, sino para inspeccionar el número de su regimiento y el de la matrícula, marcado en la camisa.

En Rimini, un sentenciado á muerte marcha al suplicio, y una anciana le sigue heroicamente, se aproxima y le dirige una mirada suplicante... ¿Será su madre? No, señor, es una jugadora que le pide números.

En este país las oraciones y el juego se confunden. Un venerable eclesiástico me ha contado que sus feligreses le ofrecían grandes sumas por que colocase tres números debajo del cáliz, durante el sacrificio de la misa. Ningun razonamiento puede demostrarles que semejante acto sería un sacrilegio.

¡Puede darse mayor aberración! Los romanos juegan poco dinero, por eso la lotería en aquel país jamás arruina á nadie. Los grandes jugadores son los administradores, que especulan con los billetes. Se aprovechan de que el juego se cierra el jueves por la noche, y como el público se resignaría difícilmente á esperar hasta el sábado, sin inventar alguna combinación, el empleado de la administración toma por su cuenta algunos centenares de billetes para revenderlos con beneficio.

Como Vds. observarán, por lo ántes dicho, aunque nuestro entusiasmo sea grande por la lotería no llega al extremo de estas exageraciones.

La lotería es efectivamente un mal, pero, ¿no sería una inhumanidad quitar al pobre la esperanza que le mantiene por espacio de ocho ó diez días haciéndole soñar con delicias desconocidas, para él siempre negadas?... Mientras sueña, goza y vive; dejémosle soñar en tanto que el gobierno no dispone otra cosa.—B.

INVENCIONES.

Hé aquí algunas que se deben á eclesiásticos.

A Beda, monje inglés del siglo VII, se le debe el primer trabajo metódico sobre la dactylografía y la quiromancia, ó cálculo por los dedos y las manos.

A Virgilio, arzobispo de Salzburgo en el mismo siglo, la primera afirmación de la redondez de la tierra y de la existencia de los antipodas.

A Guy, monje de Arezzo, el pentagrama, la gama ó escala musical y de armonía.

Al diácono Giaja, el iman y la brújula.

A Alberto el Grande, dominico, el zinc y el arsénico.

Al monje Roger Bacon, ideas claras sobre todos los descubrimientos de nuestro siglos.

Al monje Shwartz, los fusiles y la pólvora.

A Ricardo Waligfort, abad de San Alban, en Inglaterra, la construcción del primer reloj astronómico en 1326.

A Basilo Valentin, benedictino, la primera aplicación en medicina de los recursos de la química.

A Lucas de Borgo, el álgebra.
Al jesuita Kircher, en 1697, la linterna mágica, y la construcción del primer espejo ustorio por medio de la reunion de cristales planos.

Al jesuita Cavallari, muerto en 1647, la difracción de la luz y el descubrimiento de las moléculas orgánicas.

Al cardenal Begio Montano, el sistema métrico.

Al mismo, á Copérnico y al cardenal Cusa, el verdadero sistema del mundo.

A este último, la afirmación, ántes de Galileo, de que la tierra, gira alrededor del sol inmóvil.

Al benedictino español Ponce, el principio de la instrucción de los sordomudos en 1580.

Al padre Lana, jesuita, muerto en 1687, el de la instrucción de los ciegos.

Al cura Capani, muerto de 1680, la invención del arte de cortar piedras.

A un monje italiano del siglo XVIII, el descubrimiento del arte de Heroulano.

Al diácono Dollet, de Primpet (Oise), el honor de haber explicado dos años ántes que Franklin las tempestades por la presencia de la electricidad en las nubes.

CRONICA

Uno de nuestros apreciables colegas locales se queja de los abusos, que diariamente se cometen en la